

LUZ DE LA INFANCIA ALBERTO ROMERO

# El Escardillo

Alberto Romero  
CUENCA

Recuerdo la emoción con la que pasaba las talanqueras, al lado de la casa de Aguirre, al subir por Alfonso VIII desde El Escardillo, antes de llegar a la Plaza para La Vaquilla. Tenía ocho años. Subía con algunos del barrio sin conocimiento de mis padres. El miedo, y el esfuerzo para que no se notase, hacían del trayecto hasta La Plaza una prueba de valor. Veíamos salir la primera vaca y luego nos colocábamos detrás de las barreras enfrente de la Catedral, y de vez en cuando, si podíamos, salíamos por debajo de las piernas de las mujeres para alejarnos unos metros a hacernos los valientes. Había que ver la mala leche de algunas señoras que estaban colocadas en primera fila mucho tiempo antes del comienzo: "¡Coña con el guacho!, y te pegaban, te empujaban fuera con violencia para que no entrases aunque fuese un momento de peligro. Les hubiese encantado que te corneara el bicho.

Un año que estaba en la antepuerta, en ese plano inclinado que hay antes de subir por el callejón de Mangana donde se veía muy bien venir a la vaca y donde se suponía que no podría subir, ante mi sorpresa, una llegó con impulso hasta los que estábamos allí, y no sé cómo, el caso es que de pronto tenía delante de mí la cabeza enorme, a un palmo, y unos ojos que me miraban húmeda y seriamente y en cuyo cristalino veía reflejada mi cara llena de espanto. Tenía ocho o nueve años, insistió, y cerré los ojos. Cuando los abrí, la vaca, sorprendentemente, se había dado la vuelta y, reculando, se acercaba otra vez lentamente hacia mí. Llegó, levantó el rabo, y se cagó en mis alpargatas. Fue humillante, pero me reí mucho de puro nervio.

Yo no lo sabía, pero mi padre subía siempre a pesar de la cojera. Encontrarlo un año en los arcos con Pepe Cerrada y otros amigos, hablando tranquilamente, mientras la vaquilla daba tornillazos alrededor me llenó de estupor, y, efectivamente, mientras yo miraba desde las protecciones de la calle Pilares, la vaca arremetió contra el grupo. Ver a Pape agarrado a los cuernos, los maromeros tirando, y a mi padre dándole azotes en el lomo al bicho, apoyado en el bastón y sin perder la compostura, me hizo pensar que se habían pasado de "chatos". Por allí andaban Requena, Muro, Pinós, Sotos, etc. Entonces no había peñas, ni estatutos; sí había

grupos de amigos dispuestos a divertirse, y lo conseguían.

Así que, en los años siguientes, el miedo se repartía entre el que sentía por mí, y el que sentía por la presencia de mi padre, al que tenía la seguridad de que le pillaría la vaca. Mi madre mientras lo pasaba fatal, como la mujer de un torero. Si le llega a decir mi padre que yo también subía a la Plaza...

Por la noche, ya en el barrio, asustábamos a las chicas gritándoles: ¡que viene la vaca! Esa mezcla de fiesta y miedo cargada de adrenalina nos exaltaba y nos creíamos al contar los lances.

Un año estuve dos o tres días enfermo de anginas y no pude subir, quedando postrado; entre el sopor y la fiebre, de pronto, emergía un vibrante clamor, un grito de cientos de gargantas que saltaba por los tejados, por las hoces, bajaba por Alfonso VIII y llegaba hasta mi cama, horrorizándome, pensando que los gritos serían por mi padre y yo no estaba allí para ayudarle. rezaba porque no le pasase nada y no me tranquilizaba hasta que oía el sonido del bastón por la escalera. El bastón, tan unido a su anatomía forma parte de los recuerdos que tengo de él.

Años más tarde "subir a la vaquilla" adquirió un carácter más alcohólico, y las vacas empezaron a lanzarnos arengas desde los balcones del Ayuntamiento. Si al pasar corriendo, veía algún niño subido en el plano inclinado al lado del callejón de Mangana, le gritaba: ¡niño, cacá!, recordando mi anécdota.

Para San Mateo, por las tardes, el barrio queda detenido, como en suspenso, y solamente los gritos que a oleadas el aire lleva hacia la parte baja lo sacan del silencio de una ciudad sitiada. La luz que anuncia el otoño alarga las sombras, y no se oyen ya los chillidos de los vencejos. Poco a poco, con la cara encendida, bajan las gentes a llenar las calles con los ademanes de una tarde de toros, en una fiesta tantas veces repetida y siempre nueva.

Al término de la fiesta el otoño inicia su camino. Dentro de nada, Navidad.

Empezaba el frío por las noches, empezaban a encenderse las estufas, y nuestros paseos por el río y el campo se hacían menos frecuentes. Pronto se caerían las amarillas hojas y saldríamos por las choperas a buscar setas y a revolcarnos sobre la olorosa alfombra vegetal. La vida



Corriendo la Vaquilla.

se concentraba más en el barrio y en el cine, y la lluvia nos metía en los portales a jugar a los partidos de fútbol con los botones. También era el tiempo en el que, en casa, sacaba mi lata de los recortables. Y jugaba a crecer, y mi madre me alargaba la ropa, y si me veía mustio me preguntaba lo que le pediría a los Reyes, así, sin venir a cuento, para animarme. Supongo que veía como el tiempo pasaba sobre mí, y miraba con algo de conmiseración como me hacía mayor irremisiblemente.

La vida así, con fiestas y ritos repetidos estaba bien, pero ya tenía la sensación de que después no sería tan fácil. Terminaba San Mateo y, a la escuela otra vez.

El hombre es un ser simbólico, y eso nos diferencia de las demás especies: el mito, el arte, la religión. Los héroes forman parte del mito, son los paladines de la aventura de la civilización, y su razón de ser es la de dirigirnos en las primeras luchas contra las derrotas de la vida.

De niños, buscábamos héroes, necesitábamos su arrojo, su valentía, para caminar por la vida después de haberlos topado con nosotros mismos sin previo aviso, convirtiéndonos en el escenario de muchas preguntas que los padres no sabían contestar: Tarzán, El Guerrero del Antifaz, Cristóbal Colón, Marco Polo, Los Tres Mosqueteros, El Cid Campeador, y tantos otros personajes reales y de ficción nos ayudaban con sus hazañas y creaban la expectativa de una vida llena de aventuras.

A mí me atraía mucho Marco Polo, el exotismo de sus viajes y las maravillas que relataba. En mi desorientado seguimiento de la flecha del tiempo, entonces, que no había construido el refugio de un pasado, Marco Polo era para mí el ejemplo de una vida intensa, de conocer ciudades que, solo su nombre, me producían la sensación de estar en ellas, de estar envuelto en su atmósfera: Samarkanda, Babilonia, Sebastopol, Tananaribo, Kilimanjaro, Sannara, Tombocú...

Ciudades reales o ficticias que traían el eco mágico de otros mundos de los que nadie sabía nada, y solo la sonoridad del nombre anunciaba maravillas, y donde, a buen seguro, los niños tenían otras cosas que hacer que ir a la escuela, aprendiendo en lámparas, espejos y alfombras mágicas. Imaginaba minaretes de lapislázuli, obeliscos de bronce que llegaban al cielo, templos de mármol donde bailaban bellas mujeres, y mullidos viajes en caballos alados desde los que veía las ciudades pequeñas y a la gente como hormigas que a mi paso me saludaban, admirados.

Ese efecto mágico de los nombres todavía perdura, y solamente es necesario coger un atlas y seguir la línea azul de un río en un mapa de otro continente y leer los nombres que acompañan su recorrido para que me asalte la necesidad de traslado, quedándome con la nostalgia de la búsqueda, con esa sensación de necesidad de huir hacia delante, esa sensación que "por el laberinto del pecho, vaga en la noche".

EL DÍA